

CARTAS AL DIRECTOR



Muy señor mío:

Cada vez que uno se decide a protestar contra algo, acostumbran reaccionar antes los que se asustan por el simple hecho de la protesta que los que debieran defender la causa. Por esto uno no suele contestar a aquellos que, sin siquiera abordar el tema, le critican su falta de modestia, le invocan esta inmoralidad, que se llama "espíritu de clase", o, a lo más, le disculpan con aquello, a la vez nostálgico y peyorativo, del "simpático entusiasmo juvenil".

Pero la carta que apareció en el número 138 de la REVISTA NACIONAL DE ARQUITECTURA, como consecuencia de la mía del número 137, en el que se criticaba el proyecto de monumento a la Infanta Isabel, merece un comentario, aunque sólo fuera porque el interlocutor es aquí el distinguido compañero Jenaro Cristos. Pero es que, además, la carta aborda temas que, aunque no tienen nada que ver con el de la protesta, presentan un innegable interés.

Es extraño que por haber criticado el proyecto, quizá con una violencia que usted me perdonará, aunque sólo sea por lo del "entusiasmo juvenil", se nos acuse de que "nos estamos contagiando de esa epidemia de autosuficiencia, por la cual resulta que unos cuantos señores están en posesión inalienable de la verdad y tienen derecho a negar al contrario el agua y la sal". Yo, en cambio, estaba sinceramente convencido de que los autosuficientes, los inmodestos, los que niegan el agua y la sal eran no este núcleo reducidísimo que sólo de cuando en cuando criticamos un monumento, sino aquellos que a nosotros incluso nos han negado el derecho de opinar; de opinar sobre tantos pueblos urbanísticamente crucificados, sobre problemas candentes como el Plan de Ordenación de Barcelona, sobre la labor del Instituto Nacional de la Vivienda, sobre los nuevos núcleos de viviendas ultraeconómicas de Barcelona; aquellos que han prohibido y los que han omitido, quizá inconscientemente, el nombre del GATEPAC en la historia de los intentos renovadores de la arquitectura española en estos últimos cincuenta años. ¿Es en serio que el señor Cristos cree que, hasta que nosotros nos hemos atrevido a levantar la voz, los arquitectos se habían librado de la enfermedad de la autosuficiencia, que se podían oír opiniones opuestas, disconformidades radicales dentro de un tono mesurado?

Aceptamos que, por una gravísima falta de costumbre, nos asustemos de que se renueva este enervante conformismo general. Pero es un poco fuerte que, después

de aguantar una inquebrantable dictadura arquitectónica, se nos diga, cuando nos atrevemos a maltratar un proyecto de monumento, que nos estamos contagiando de esa epidemia de autosuficiencia, de la que hasta ahora hemos sido nosotros las verdaderas víctimas.

Y nada más; sólo añadir que es bastante desagradable ver escudarse a los arquitectos españoles tras el cuento de la liebre y el gato. Estamos dispuestos a perdonarlo todo al que hace días no ha arrimado el puñero al fuego; pero no a admitir, como base de una ética profesional, los caprichos absurdos del cliente que prefiere el gato a la liebre. Claro que lo primero que habría que determinar es si no han sido estas últimas generaciones de arquitectos quienes han enseñado al cliente, y no precisamente con demasiada buena intención, a preferir el gato a la liebre.

Atentamente,
ORIOI BOHIGAS.

LIBROS

LA CINEMATOGRAFIA Y LAS ARTES, por José CAMÓN AZNAR. C. S. I. C. Instituto Diego Velázquez.

El autor estudia la estética cinematográfica por comparación con las Artes plásticas, pintura y escultura, y de acuerdo con su ideario filosófico.

El cine que el autor propugna, simbólico y arquetípico, resulta un tanto deshumanizado.

La veracidad humana del cine exige esquematizar su expresión, desechándose todo medio natural, a excepción de los intérpretes, naturalmente; si bien cercenándoles toda licencia verbal, de gesto o de ademán.

En cuanto a los medios de ambientación de la película, la luz, el color y el sonido, se deben manejar artísticamente, despojándolos de cuanto desvirtúe el criterio estético normativo.

Como el cine ha objetivado el tiempo interno, en vez de la luz solar conviene a la interpretación fílmica otra, al margen del tiempo, cuyos tonos sirvan al argumento de la cinta. Por ello desestima el autor el cromatismo de las imágenes, que trasladan al cine la falta de jerarquía óptica de la realidad.

El sonido en el cine, desde el ruido hasta la música, debe depurarse, ciñéndose escuetamente a los toques adecuados, sobre un fondo sonoro puramente cinematográfico, de melodías sincopadas. Tal categoría concede el autor a la música fílmica, que en el futuro augura al mínimo la primacía en la elaboración de la cinta.

En una breve reseña sería pretencioso cualquier alarde crítico, máxime en una revista ajena al cine. Baste decir, en elogio de la obra, que trata el tema desde un punto de vista elevado y con el gran dominio de su fondo y expresión.